

con los debiles. Pues profesandola en su pureza no se puede oprimir á nadie : quien la sigue verdaderamente no puede teñir sus manos con sangre ; es fuerza ser humano, justo, pacifico, caritativo, y sobre todo desinteresado ; juntar el ejemplo al precepto, instruir por las buenas obras, y probar por las virtudes.—*Marmontel.*

Dios es nuestro padre, los hombres nuestros hermanos. . . Sin religion no hay virtudes sólidas, ni conciencia tranquila, ni serenidad en el infortunio, ni dicha en la prosperidad.—*Blanco White.*

Non votis neque suppliciis muliebris auxilia Deorum parantun ; vigilando, agendo, bene consulendo, prospera omnia cedunt. Ubi socordia te atque ignavia tradideris, nequidquam Deos implores ; inati intestique sunt.—*Salustio.*

LA

ESCUELA

DE LA FELICIDAD.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCES,

AUMENTADA CON

REFLEXIONES Y EJEMPLOS,

POR D. DIEGO RULAVIT Y LAUR.

Impresa en Madrid en 1786.

Un sentiment interieur lui repetait sans cesse, que ce
serait peut-etre un malheur d'etre né vertueux, si la ver-
tu n'était pas elle-meme sa recompense. *Barthelemy.*
El editor.

INTRODUCCION.

1. Ocupado el hombre continuamente de su felicidad, y de cuanto puede conducirle á ella, sigue en esto la inclinacion de la naturaleza. Pero aunque la felicidad tras de que corre sin cesar, no es sino una fantasma que huye en todos los instantes de la vida, y que se escapa al momento que se la juzga alcanzar; hay sin embargo un estado tranquilo, un sosiego dichoso que puede conseguir, para llegar sin zozobra, y sin inquietud á su feliz destino. Que refrene sus pasiones, que conozca sus deberes, y que los ponga en ejecucion; en este instante empezará su felicidad, y principiará á ver con satisfaccion la que le aguarda al fin de su carrera.

2. Hay sin duda una especie de felicidad, cuyo goce podemos conseguir, no obstante las penas, y mudanzas propias de la condicion humana: hay pues un estado tranquilo, precursor de la verdadera y sólida felicidad, el cual podemos disfrutar sin embargo de los continuos asaltos que nos dan nuestras pasiones. Otro objeto será manifestar el camino que conduce á semejante estado.

3. Escuchad pues, filósofos melancólicos, que mirais la vida como una pesada carga; escuchad espíritus continuamente inquietos, que buscais la felicidad donde no la hay; escuchad egoistas soberbios, que no procurais sino vuestra propia feli-

cidad, y que os alejais de ella á medida que turbais la de los otros; escuchad infelices, oprimidos con el peso de vuestras miserias; escuchad todos, y aprended á ser felices.

4. Volved la vista al rededor, y considerad á vuestros semejantes, que desean como vosotros su propia felicidad; tienen el mismo derecho á la felicidad que seguis: y todos no la hallaréis, sino en el buen orden, y armonía de la sociedad. La naturaleza ha ligado al hombre con su semejante, y su bien estar depende de la felicidad de aquellos que lo rodean. Pasad la vista sobre la pintura de la naturaleza humana; seguid al hombre desde su venida al mundo, hasta el momento en que desaparece de la escena; y os convenceréis de esta importante verdad.

5. La indigencia y la debilidad son el único patrimonio de su nacimiento. ¿Qué sería de él entonces si una mano bien-hechora no se apresurase á sostenerlo? Incapaz de conocer sus necesidades, no las esplica, sino con sus lágrimas, gemidos y gritos; y espera del amor de sus padres, ó del socorro de una sociedad benéfica aquellos auxilios, sin los cuales no puede vivir.

6. Adelantado ya en edad, aumenta sus necesidades, que crecen con él; su existencia es un continuo consumir, y este consumo pide necesariamente su trabajo, su industria, ó á lo ménos, que recompense á la sociedad lo que ha adelantado por él.

7. Llegado ya al estado de ancianidad, y caduquez, en que agoviado bajo el peso de las enfer-

medades propias de su constitucion, le son mas precisos los socorros estraños; no arriva al término á que le conduce la naturaleza, sino ayudado del auxilio de aquellos que le cercan. Desde su misma cuna hasta el último instante de su vida, no se puede pasar sin sus semejantes; y su felicidad depende necesariamente de la sociedad en que el Criador le hizo nacer. Siéndole deudor, perpetuamente le debe por consecuencia una satisfaccion continua, la cual le pagará solamente, haciendo á sus semejantes todos los buenos oficios que pueda.

8. En estos auxilios recíprocos otorgados con humanidad, en este celo oficioso para con los otros, en esta armonía de la sociedad habita la verdadera dicha, que el hombre puede conseguir sobre la tierra. ¡Felicidad pura, que no puede ser turbada por las mismas privaciones é inquietudes á que estamos espuestos en ella! ¡Felicidad pura, sin remordimientos, y bien diferente de las demas felicidades, tras las cuales suspiran la mayor parte de los hombres! Aprendamos á ser felices (en cuanto nos es permitido serlo) en medio de las tribulaciones, que acometen continuamente nuestra vida, en el seno de tantas contrariedades á que estamos espuestos; sin embargo del número de enemigos que nos cerca; no obstante la inquietud, que nos causan las necesidades de nuestros amigos, y nuestros prójimos, cuya situacion lamentable conmueve muchas veces la sensibilidad de nuestra alma. ¿Pero cómo podremos llegar á ella por medio de tanta confusion? Concurrid en cuanto sea posible al bien de la sociedad, y de cada uno de sus indivi-

duos; no hagais mal á nadie, ni aun en lo mas mínimo, aunque hubiese de redundar en vuestro provecho, seguid (en una palabra) la ley, que el Ser eterno grabó en el fondo de vuestro corazon: *amad á vuestros prójimos, como os amais á vosotros mismos*, y así llegaréis al estado pacifico, y á la tranquilidad inalterable que buscais en vano por cualquiera otro medio.

9. La educacion, el temor de la censura, los remordimientos de una conciencia delicada, confieso, que son fuertes diques para oponerse al ímpetu de nuestras pasiones. Aquellas impiden á las almas bien nacidas ceder á sus fuerzas: ¿pero estos poderosos motivos son siempre suficientes para conducirnos á la práctica de las virtudes necesarias, al bien estar de los que nos rodean? Entre ellas hay algunas que esceden las fuerzas de nuestra naturaleza: son el triunfo de la religion que nos las manda, y quien puede sola darnos fortaleza para practicarlas. El hombre obediente á su voz, llega á ser un héroe: pero su naturaleza deprabada por el pecado original ha menester un aguijon, que le haga conocer sus deberes, y que le obligue á practicarlos. Ella requiere ser escitada, y estimulada, y nada nos parece mas propio para este efecto, que los grandes ejemplos. Estos tienen mas poder sobre el espíritu del hombre, que los preceptos mejor intimados, y los discursos mas patéticos. Por esta razon principalmente, y por inmortalizar al mismo tiempo la memoria de aquellos, que nos los han dado, hemos recogido con diligencia gran número de hechos dignos de nuestra admiracion, y recono-

cimiento. La mayor parte de ellos se hallaba dispersa, y ahogada en historias voluminosas; otros anunciados cuando acontecieron en diferentes obras periódicas, y todos demasiado distantes los unos de los otros para poder componer, y producir sobre nosotros el efecto que de ellos se puede esperar. Hemos creido pues que debiamos juntarlos en un solo volúmen, y colocarlos con orden, para que se puedan consultar con mayor facilidad cuando se necesite. Si acaso hacemos algunas reflexiones, que nos han parecido venir muy apropósito, ha sido por realzar el mérito de las buenas acciones que referimos; y por escitar mas á nuestros lectores á la práctica de otros semejantes. No obstante hemos procurado con solicitud, no entregarnos al placer que sentiamos en tales reflexiones. Por muy justas, y naturales que nos hayan parecido, no hemos querido estenderlas demasiado, por no disminuir la fuerza que tiene la reunion de muchos ejemplos de una misma especie, separándolos con demasía los unos de los otros.

10. ¡Ojalá pueda esta Obrita, dirigida á estrechar mucho mas el vínculo de la sociedad, procurar á los hombres aquella dulce paz y tranquilidad apetecible, en que consiste la temporal recompensa de la virtud, al paso que los haga mas útiles entre sí! Y ojalá corresponda el éxito de nuestro trabajo á nuestros deseos; destruyendo la semilla del miserable egoismo, que pervierte las costumbres de aquellos que se entregan á los preceptos perniciosos de la Filosofía del siglo.

ADVERTENCIA.

El lector quisiera hallar en esta Obrita mayor número de ejemplos de nuestra nación que los que proponemos, no siendo ménos fecunda que cualquiera otra en rasgos de generosidad, de beneficencia, y de las demas virtudes sociales, de que tratan estas lecciones; pero como la falta de periódicos, y otras obritas propias para perpetuar su memoria, ha hecho que solo se sepan por relaciones, las mas veces alteradas, no hemos querido dejarnos llevar del placer que experimentamos al referirlos, y esto mismo será estímulo para que en lo sucesivo no se dejen sepultadas en el silencio las acciones gloriosas, dignas del reconocimiento, y de la imitacion de los hombres.

LA

ESCUELA DE LA FELICIDAD.

Del perdon de las injurias.

11. No hay, sin duda máxima mas distante del modo de pensar del comun de los hombres, que el perdon de las injurias: ella conmueve al primer aspecto nuestro amor propio; se opone directamente á aquel movimiento natural, é involuntario, que nos arrastra á vengar una ofensa; contradice aquel principio de delicadeza de falso honor, que el mundo se ha formado, de labar con la sangre del enemigo una injuria que le deshonra.

12. Sin embargo, aunque no considere las cosas mas que filosóficamente, y por parte del honor, á que se muestra tan sensible es mucho mas glorioso perdonar una ofensa, que perseguir su venganza. Algunos filósofos aun de la antigüedad pagana, bien persuadidos del heroismo de esta accion, la pusieron por precepto de su moral. Pero dejemos aparte todo lo que solo interesaria á nuestro amor propio,